



INCONFESABLES

ANTOLOGÍA

opera prima

Primera edición,
julio 2021

© 2021, CADA COLABORACIÓN PERTENECE A SU AUTOR

© Editorial Opera Prima
C/ Espejo, 10
28013 – Madrid
Tels. 91 559 29 49 / 69 657 01 31
operaprima@operaprima.es
www.operaprima.es

Maqueta: Nerea Peña Peña

ISBN: 978-84-9946-838-9

Editado en España

Inconfesable es decir lo que no quieres, hacer lo que no sientes, pensar lo que no deseas, querer lo que aborreces y amar a quien no conoces. Inconfiésate.

Antonio Pastor Bustamante

Ainhoa



[Para ver el vídeo pincha aquí](#) o en la imagen



Lo que sé y lo que no

Marina C. Arruti

Nunca aprendí a nadar. Algunas veces me quedo un rato en la orilla, escuchando las olas, valorando cómo de patético es no haber aprendido a nadar aun habiendo vivido veintiocho años a cinco minutos de la playa. Cada año se acercan turistas que solo están aquí por unos días y los observo desde el paseo, imaginándonos como participantes en unas olimpiadas de natación. Especulo con la tabla de resultados en la que quedo por delante de algún octogenario y me conformo con no ser última. Total, creo que nadie lo sabe. Tal vez crean que soy friolera. Por fortuna, he podido evitar desvelar mis carencias.

No es que mienta al respecto, pero nunca nadie me preguntó por qué no quería meterme en el agua. Por ello, me callo esa información, como me callo muchas otras, como hace todo el mundo. Asimismo, cumplo el acuerdo tácito de no realizar demasiadas preguntas a otros. Para no incordiar. Preguntar mucho es un defecto de nacimiento que se corrige bien pronto.

Al menos, así lo hizo mi madre conmigo. Como le hiciera más de dos preguntas seguidas, no tardaba en recibir un grito. Pero aprendí, vaya que sí sí. Yo creo que por esta zona todos nos hemos educado parecido, porque la gente es bien discreta. Y qué tranquilos estamos así.

De niña era bien pesada. Una vez, en esta misma playa, me acerqué a un desconocido que estaba agachado entre las rocas, como si buscara algo que hubiera perdido.

Quería preguntarle qué buscaba. Aunque no era la primera vez que lo veía, nunca había hablado con él. Cuando lo tuve a un metro, olvidé lo que le iba a decir. Empecé a marearme. Él me miró sin decir nada, impassible como todas las veces que lo había visto. Temiendo molestarlo con mi silencio, le dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Cuántos años tienes?

Cuarenta. Padecía ronquera. Siguió sin gesticular. Me estremecí y salí corriendo. Corrí hasta la mitad de la playa, donde paré para volver a mirarle. Esto jamás se lo he dicho a nadie, pero juro que fue así como lo cuento. El tipo estaba comiendo una gaviota viva. Acababa de arrancarle la cabeza con sus propias manos. Durante años dudé de mi propia experiencia, pero el recuerdo me siguió persiguiendo.

Los niños de la zona nos hacíamos muchas preguntas sobre él. Algunos decían que era extranjero. Otros que era un enfermo. Había quien aseguraba que era un hombre muy rico que había huido. Los adultos también lo miraban con desconfianza. Apareció sin más. Nadie sabe de dónde salió, pero no es de extrañar que llamase la atención. Durante el invierno, apenas se veía gente en esa playa. Sigue siendo así. Como mucho, hay quien va con el perro, poco rato. Pero no él. El *comegaviotas* ni se iba ni volvía; era tan de la playa como la propia arena. Y aquí ha seguido, mientras que esos niños hace tiempo que no están.

Me siento en las rocas. Pasaré la vida aquí, sin aprender a nadar. El *comegaviotas* está con medio cuerpo dentro del agua. Se despidе con la mano, la levanta despacio, como avisando, como queriendo decir «sé que lo sabes».

Aquí, entre el agua y la arena, yo soy la extraña. Él es el que debería tener curiosidad acerca de mí. Él es quien debería tener miedo, hacerse preguntas, y marearse cuando le devuelva la mirada sin decir nada más. ¿Cuántos años han pasado? ¿Seguirá teniendo cuarenta?

Pero ni me mira ni huye corriendo. Solo da otro paso hacia el horizonte. Yo callaré, como siempre, si nadie pregunta.

Inconfesable

Iraide Aguirre

Música atronadora
ensordeciendo el ambiente,
y las luces de neón
iluminando su rostro en violeta.

Los restos de cerveza
adormecen tus sentidos,
y no puedes hacer nada,
nada más que mirarla.

Ella baila candente
sus caderas meciéndose en el aire,
y ajena se mueve al ritmo
como una diosa entre la lluvia.

Vuestras miradas se cruzan
brillando en la oscuridad,
y tu corazón golpea tu garganta
mientras quieres gritar.

En ese momento ella sonrío
iluminando la noche,
y todo parece detenerse
con el mundo frenando de golpe.

Tus ojos se pierden en ella,
dejas incluso de respirar,
y pensamientos invaden tu calma,
caos inundando tus sentidos.

Una voz ajena te saca de tu ilusión,
espejismo destrozado,
y sientes que vuelves a la realidad
como un caleidoscopio roto.

Cierras los ojos con fuerza
tratando de recomponerte,
y respiras el aire húmedo
que invade tus entrañas con furia.

La música resuena en tus tímpanos
todo alrededor materializándose,
y sientes la ropa mojada
de la que antes ni te habías percatado.

Tus ojos se encharcan en lágrimas
sin que tampoco quieras evitarlo,
y agradeces el aguacero que lo esconde
manteniendo tus sueños en secreto.

Manteniendo todo, como algo secreto,
como algo inconfesable.

Rechazo erótico

Bubezma

No busques mi olor entre las sábanas para no tener que recordar el tuyo bajo la luna con una copa de vino.


No me desees para que no tengas que imaginarte la humedad que llevo cuando me entrego sin reparos en un campo de flores.

No compartas tus pensamientos para no tener que lidiar con ellos cuando me desnude lentamente buscando el calor del sol.

Aléjate un poco más para que no te lleguen mis gemidos, para que no sientas mi placer cuando las hormigas acaricien mi cuerpo.


Ignórame para que no me veas partir libremente seduciendo a la naturaleza, acariciando cada pétalo a mi paso y susurrando conjuros de amor y deseos.

Cierra la puerta para que no veas mis lágrimas caer y solo me veas volar desde la ventana.



Nicolás M. J. Lorenzo

Soy de esos que se dicen escribir
de esos que fuerzan las palabras
de esos que quieren tocar la realidad.
Somos de esos que se dicen vivir
que se apiñan en las filas
que se compran los celulares.
Somos de esos que ya no hay
los recuerdos de algún otro día
las tardes de los esqueletos
que chillan, unos contra otros.
No, no chillan. Crujen.
Se disparan se ahuecan se desaparecen
somos esos que ya no están.



Manuel Castellanos Plaza

Doequia me preguntó, en una de nuestras sesiones, si la lectura de *La metamorfosis* de Kafka podría haber influido en su conversión.

—¿Y en qué crees que te has convertido?

—En un monstruo. Hace unos días, me levanté y comencé a brincar sobre la cama y a gritar mientras veía el hospital reflejado en mi ventana.

—Comenzaste a ritualizar. ¿En qué más casos necesitas desplegar este comportamiento?

—Cuando alguien se roza conmigo, o escucho música determinada, o veo a personas-tabú.

—¿Por qué son tabúes para ti?

—Porque puedo perder conocimientos si me tocan o hablan; puedo convertirme en uno de ellos.

—¿Cómo son esas personas?

—Adocenadas, apocadas, obstáculos para alcanzar la suprema perfección.


—¿Tienes miedo de no ser perfecto?

—Sí. Por eso me exijo mucho, tengo miedo a fallar, al desorden, al olvido, a ser humano.

—Padeces trastorno obsesivo compulsivo. Tiene tratamiento. Comenzaremos con esta medicación tres veces al día. Y nos vemos el día 13 a las 20 h.

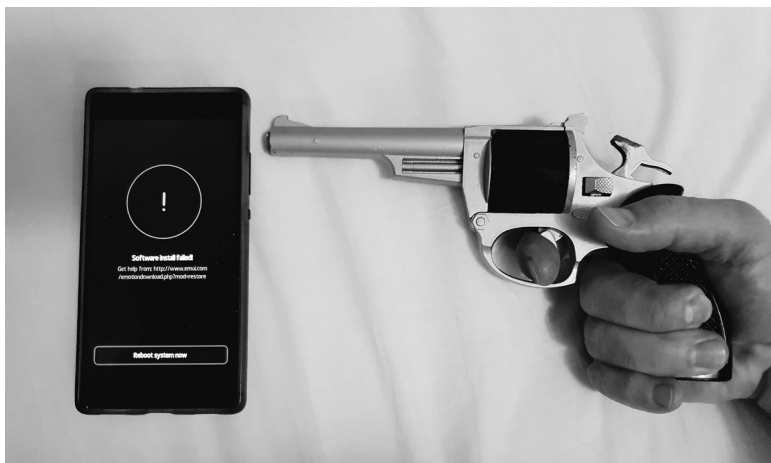
—Esos números me dan buena suerte.

Dorinda




Yo soñaba que abrazaba,
yo soñaba que volaba,
yo soñaba y soñaba
que en otro planeta estaba.
Un planeta de colores,
con olores a mil flores
con pájaros que cantaban
y sus aguas me arrullaban.
Era libre como el viento,
mi cuerpo no pesaba,
volaba como un águila,
sin obstáculos ni impedimentos,
sin fronteras,
sin moradas,
sin enfermedades,
sin tristezas,
sin nada que me atara.

Antonio Pastor Bustamante



Nunca maté a aquel quiseñor

Arturo Babel



El peso de la sangre sobre las manos es parecido al que siente el que arrastra cadenas. La diferencia es que las cadenas se pueden soltar, la sangre no, queda invisiblemente tatuada al peso de nuestras manos. Pero ¿y si nunca fuiste tú el que dio la puñalada?, ¿y si esa puñalada en verdad nunca se dio?

Despierto una mañana bañado en sudor, con el cuerpo en el suelo, como si hubiera pretendido llegar a la cama pero el sueño me atrapase súbitamente antes de hacerlo. La mente la tengo totalmente nublada, como quien ha estado mezclando diferentes alcoholes toda una noche, pero la boca no me sabe ni a ron ni a tabaco. Siempre que bebo, fumo, y siempre que me emborracho, por norma, acabo bebiendo ron.

Esta noche... no me he emborrachado. ¿Y esta sensación?

¿Qué he hecho yo esta noche? Por más que me esfuerzo no consigo recordar.

Agarro el teléfono, miro la fecha y leo que es un miércoles cualquiera del mes de febrero.

No tiene sentido haber hecho ayer nada.

¿Qué habré hecho?

Aún llevo la ropa puesta, no me falta ninguna prenda, ni los zapatos, que están en los pies bien atados.

Conoces aquel agobio, ¿verdad? El de no entender.

Me levanto a la velocidad que me permite la confusión.

Sí, claro, estoy en mi casa.

Me veo diluido en el reflejo del cristal de la ventana, tras ella la ciudad, creándose una superposición de imágenes digna de la mejor diseñadora gráfica:

estoy compuesto de edificios o me desdibujo en una metrópoli que nunca acaba.

Comienzo a escuchar en mi cabeza una canción de Bambino, *Procuró olvidarte*.

Con ella decido ir a darme una ducha, por si tuviera efecto el agua sobre mí.

Mientras suena la música aprieto las sienes desde dentro, intentando alcanzar alguna sombra de anoche.

Nada, no llega nada.

Me ducho, me seco y, mirándome al espejo, ahora con mi imagen bien compuesta, comienzo a ver cómo mi expresión muta hacia la sorpresa y el impacto.

La observación de uno mismo siempre devuelve conciencia.

La cosa es estar preparado para recibir esa bala.

¡He apuñalado a un rui señor!

No lo recuerdo, sigo sin recordar nada, pero lo sé:

he cometido un crimen bochornoso y aterrador.

Me coloco el albornoz como quien se echa a la espalda una capa de culpa color carmín a cámara lenta, sintiendo el tejido como cristales en mi piel.

No le pongo cara al rui señor.

No le hago forma al puñal.

No recuerdo dónde fue.

Ni la hora,
ni la luz que hacía.
No entiendo por qué lo hice,
ni cómo me sentí.
Si estaba solo o acompañado, no lo sé.
No sé de dónde venía ni qué hice después.
Pero estoy seguro de que lo llevé a cabo.

Yo maté a aquel ruiñón.
Me lo repito una y mil veces mientras sigue sonando Bambino
junto a mi confesión.
El espejo me arroja una cara que no quiero ver, por eso coloco
mis manos delante con los dedos abiertos, para tan solo ver
los ojos de quien siente culpa.
Dejo el albornoz abierto con mi cuerpo desnudo y atropel-
lado por mí mismo debajo,
que lo arrastro hasta el cuarto
mientras en la gramola de mi cabeza se cambia de canción:
Suena *Soy lo prohibido*, también de Bambino. Sus grandes
éxitos en mitad de mi gran fracaso.
«Soy ese vicio de tu piel que ya no puedes desprender»,
dice Bambino,
«Soy lo prohibido»,
mientras me subo los calzoncillos,
«soy tu castigo»,
abrochándome la camisa,
«soy el pecado que te dio nueva ilusión»,
mientras cojo nuevos calcetines.
En vez de vestirme parece ser que me estoy ataviando en
sombra,
como un general de las SS poniéndose su uniforme.
Ahora sé cómo se podían sentir.
Pero en cambio yo sí me arrepiento de lo que he hecho.
Aunque no se lo pienso contar a nadie.

Sobre todo porque no lo recuerdo y algo que no se recuerda
dime tú cómo se cuenta.

¡Y porque es una vergüenza decir
en voz alta

que yo he asestado veinte puñaladas al cuerpo de un ave her-
mosa y tranquila!

Miro la puerta de la calle con vértigo.

¿Cómo voy a pasar inadvertido ante el mundo que allí me
espera?

Poco a poco todo lo que me rodea se empieza a convertir en
una prisión.

Tengo que salir de mi casa, la que ahora ha pasado a ser mi
celda.

Decido tragar toda la historia que me ha sobrevenido,

para que no se vea ni se huela,

y siento cómo una navaja me recorre la garganta

hasta convertirse en llamas en mi estómago.

Nadie sabrá de mi culpa, pienso. Sólo yo.

Me pongo la chaqueta y cojo mi mochila que me la echo a la
espalda

como Cristo cargó su cruz. Andar por las calles será mi
propio camino del Gólgota.

Salgo a la calle, y aunque todo corre apresurado siento cómo
tienen tiempo de observarme,

como pudiendo ver la espada de Damocles sobre mi nuca.

Sé que es sólo una sensación mía, así que finjo que todo está
correcto, pintando en mi cara los buenos días que marca la

voz radiofónica de Àngels Barceló en su programa matinal.

Todo marcha bien para la ciudad, siempre, no hay nada que
la detenga en su colonizadora marcha.

Hay pequeños elementos en la vida de uno que pueden marcar un gran cambio, un «Hasta aquí y a partir de ahora» que hacen que todo cambie de sentido. Lo malo es tener que fingir que nada ha cambiado. Así caminamos todas las que hemos escondido un cadáver en algún momento, con el cuerpo torcido de puertas para adentro pero supuestamente bien alineado para el resto. Durante este tiempo, casi veinte años, pedía perdón en silencio cuando me encontraba con alguien, pero para fuera se traducía en un «Hola, ¿cómo estás?». Cada vez que llegaba a casa echaba mi ropa a lavar en lejía, en un intento de borrar la sangre invisible que manchaba todo mi armario, por eso siempre he vestido de blanco, para no desteñir. El sonido de los pájaros desapareció para mí, pues ellos sí sabían lo que había hecho (pensaba yo) con uno de los suyos, y me castigaban con su silencio. No volví al campo nunca, pues no me sentía merecedor de él, y allí la naturaleza me podría someter a un juicio al que no estaba preparado. Mejor no salir de la urbe donde los crímenes se esconden bajo las baldosas. ¿Cuántos cánceres habrán sido fruto de estos secretos? La ciudad es un hospital, una cárcel, una tumba. Me empecé a preguntar por la gente que me rodeaba. ¿Cuántos serían reclusos, cuántos jefes de presiones? ¿Habría algún inocente? Lo único que sabía es que yo no lo era.

Aquel martes, aquel jodido martes que hizo que todo cambiara, qué habría hecho yo en aquel martes. Si al menos pudiese recordar en qué calle fue podría haber intentado hacerme con la grabación de la cámara de vigilancia que espía las calles. Al menos poco a poco el peso de la culpa fue borrando la incomodidad de no saber. ¿Qué querría saber si ya me sabía culpable? Pues la verdad, eso querría yo saber.

Una mañana, después de veinte años, me atreví a abrir aquella ventana que cerré para siempre. La casa se llenó de

corriente y del exterior se coló la pluma de un pájaro. Hacía mucho que no veía una y al verla un concepto que creía lejano se presentó ante mí: libertad. Entendí que los pájaros no me habían abandonado del todo y después de veinte años por primera vez me propuse mirar más allá de la ciudad, encarar aquel suceso y someterme al juicio del que tanto huía.

Cogí la cartera y una botella de agua, no necesitaba más. Me fui a toda prisa hacia la estación de trenes que conecta con esa parte donde aún no llega el asfalto, el bosque. Hacía veinte años que no pisaba la estación. Cuando llegué a ella me paré un rato a observarla desde fuera, entendiendo que ese edificio era clave en mi historia. En mi cabeza comenzó a sonar de nuevo una canción, esta vez de Chavela Vargas, *Amanecí en tus brazos*. Me acerqué a las puertas mecánicas de acceso y al abrirse del interior salió volando un ruiseñor. Me quedé atónito. Acto seguido salió otro y luego otro hasta completar una bandada de ellos saliendo a borbotones del interior. De entre todos puede adivinar al que yo supuestamente había dado muerte. ¡Ahí estaba! ¡Nunca había muerto! ¡Nunca maté a aquel ruiseñor!, me deshice en lágrimas de alegría, sentí como de mi pecho también se liberaba otro pájaro. Comencé a recordar: aquel martes me despedí de ti en aquella estación. Te marchabas y yo me quedaba ahora solo. Ahí se me empezó a llenar el cuerpo de culpa, creí que fui yo el único causante de aquel desgarró. Tú, al verme así, me dijiste que por eso abandonabas la ciudad, porque lo único que te daba esta urbe era la sensación de deberle algo y eso te abría de heridas. En ese momento no pude escucharte por el ruido de los motores, y traduje el movimiento de tu boca en esta culpa eterna. No pude soportar verte marchar y quedarme yo solo en estas calles de cristales rotos y mi cuerpo decidió dissociarse para olvidar el dolor, dejándome tirado a los pies de mi cama.

Y ahora vengo aquí, a confesar, que yo nunca fui culpable, que me sometí a un dolor que en realidad no era mío, que el martirio de la culpa nubla la verdad de cualquiera y se convierte en engaño para los ojos. Confieso no haberme querido como tendría que haberlo hecho, como ahora lo estoy haciendo. Me he devuelto el permiso de ser libre y ha sido gracias al recuerdo, a plantarle cara al miedo de mirar para atrás, y es que atrás no hay culpa, sólo hay actos consecuencia de lo que éramos en aquel momento. Confieso haberme perdonado por haber dejado de escuchar a los pájaros, que ahora no hacen más que cantarme al paso. Confieso escribir estas letras lejos de la ciudad, haberla abandonado, como tú bien hiciste, para reencontrarme en paz con mi pueblo interior. Ahora vivo fusionado con la naturaleza, con la mía propia, que acuno cada noche y beso cada mañana.

Y deseo, a quien esté leyendo esta confesión, que deje marcharse a la culpa en el río, que deje que se pierda en el mar, porque lo único que has hecho es nacer y existir con lo que te han dado para sobrevivir, aprendiendo de lo que te rodeaba, y tú no eres responsable de los acontecimientos de la creación, tan sólo lo eres de tus pasos y tienes derecho a ser libre de cualquier culpa, libre para empezar a caminar de nuevo, libre de recordar, libre de confesarte, libre de cualquier pasado y que ese tiempo sea tu compañero y no tu filo.

Los pájaros nunca dejaron de cantar, simplemente fueron eclipsados por el ruido de las máquinas.

Atentamente, un rui señor.



Crimen sin castigo

Javier de la Rica San Gil

Aunque yo más bien quisiera
que lo que vengo a contar
tenido hubiera lugar
en esta y no en otra era,
en aras a la verdad
necesario es confesar
que ya empezaba a menguar
del sexo mi actividad
cuando aquello sucediera.

Ella era una alumna mía
de belleza sin igual,
mas no es por hacerle mal
que cante su alevosía.

El caso es que un buen día,
se presentó en mi despacho
y sin el mínimo empacho,
dijo desear ser mía.
Y yo, que de mente impura,
siempre confíe en mi hombría,
salté de loca alegría
y consumé la aventura,
que habría de ser mi ruina.

Porque ella no era caliente,
lo que hubiera estado bien,
y nos llevaría al edén,
sino ninfómana ardiente.

Y así empezaron mis penas.
Y mis noches maritales
pasaron a ser banales,
con fracasos regulares
que yo achaqué a la fatiga.

Mi santa me dio caldito
de gallinas de corral,
y la joven un cirial
de caricias al marchito,
que se negaba a cantar.

Yo me harté de vitaminas,
de mariscos y pastillas,
hasta quedarme en mantillas
de carnes, y con anginas.
Y decidí poner fin
a lo que fin no tenía,
que la joven insistía
como el más terco rocín.

Y tras graves agonías
puse, al fin, fin a su vida,
buscando airosa salida
sin juicios ni abogacías.

Pero hoy embota mi mente
el recuerdo, que es condena,

de la inconfesable escena
en que me hice delincuente.
Porque hasta el último aliento
de su alma, que se iba,
ella, sintiéndose aún viva,
reclamaba ayuntamiento.

Pasos encontrados

Vidal García Maroto-Serrano

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo ella.

Llegaron al mismo tiempo, pero, por cortesía, él retuvo el último paso para cederle el sitio a ella.

—¡Oh!, perdona.

—No te preocupes, no importa.

—Gracias...

—Cuánta gente.

—Sí, es la hora de tomar algo.

A su alrededor los vasos chocaban en improvisados brindis, empapados de amistad. En el ambiente se sostenían ingrátidos los buenos deseos: la Navidad estaba próxima.

Ella le miró transversalmente, con la precaución propia de quien no quiere ver descubierta su curiosidad. Advirtió, no obstante, lo ligero de la ojeada, la pulcritud de su aspecto: la barba magníficamente perfilada, la impecable alineación de los picos de su camisa, la sonrisa luminosa con la que le cedió el espacio, su voz grave. Todo en él transmitía confianza en sí mismo.

Él sintió un temblor que conmovió lo más profundo de su intimidad. Imposible poder disimular la inspección del conjunto: el óvalo perfecto de su cara, su media melena, castaña clara, sombreaba la parte derecha de su frente, la expresividad de su mirada, la perfección con la que sus primeras curvas enlazaban con las siguientes, definiendo una silueta

sublime. Todo el conjunto le pareció de una belleza que no era terrenal.

«Ha sido muy amable. Debería decir algo. Pero no se me ocurre nada. ¿De qué puedo hablar?», pensó ella.

Él adivinó sus dudas y razonó que era su turno para decir algo.

—Me llamo Javier —dijo un poco atropelladamente. Las sensaciones visuales se sucedían a mayor velocidad que la de su cerebro para procesarlas y, sin poderlo evitar, quedó atrapado en sus grandes ojos verdes, que cambiaron a gris cuando, reapareciendo tras la ladera de un bosquecillo de pino mediterráneo, un último y fugaz destello de sol atravesó el recuadro acristalado de la ventanilla, antes de ser derrotado completamente por el ocaso de la tarde.

—Me llamo Candela —declaró ella, aliviada por la ruptura del tiempo muerto.

—Yo iba a tomar un café. ¿Tú que vas a tomar?

—También café. Con leche. Gracias.

—¿A dónde vas, Candela?

—Hasta el final. Viaje completo.

Conversaron de esto y aquello: cine, libros...

—Me gusta...

—A mí también eso que dices. Un viaje que me apetece hacer es a...

—Yo tampoco lo conozco. Me han dicho que es precioso.

En el vagón-cafetería, el zumbido del aire desplazado al paso del tren envolvía las discusiones, sin conseguir imponerse a ellas. Su conversación discurría sin cautelas. Les resultó fácil darse cuenta de que los gustos de cada uno eran compartidos por el otro.

Mientras tanto, el paisaje desfilaba a través de cada ventana del vagón: árboles que en la distancia parecían moverse con la lentitud de un felino, y que en la cercanía, como impulsados por una desconocida energía, han escapado velo-

ces, campanarios en el horizonte, emergiendo entre pequeñas casas blancas, un río con pretensión de compañero de viaje.

Pero nada ha sido capaz de intercalarse en su conversación. Su entorno dejó de existir, convirtiéndolos en los únicos viajeros. Habitantes de su propio mundo, convertido en una isla.

«Javier eres... me gustas muchísimo», pensaba ella, escuchando su voz, como una secuencia de sonidos lejanos, sin procesar las palabras.

«Candela me gustaría que el viaje durara mucho más, estoy tan...», pensaba él, sin apartar la mirada de su cara.

El tiempo ha pasado, sin que apenas haya hecho notar su presencia. En la pantalla, vecina de la puerta de salida, la velocidad que indica va disminuyendo, señal inequívoca de que pronto una voz amable anunciará que la estación está cerca. El viaje está a punto de terminar.

Él duda un instante, por temor a la respuesta, pero se decide y pregunta:

—¿Podemos quedar algún día, Candela?

—Estupendo..., llámame cuando quieras. Apunta mi teléfono.

—El mío es...

En el andén, los que llegan y los que esperan se buscan mutuamente. Los solitarios, conduciendo su maleta se abren paso, sorteando a los que se abrazan y besan efusivamente. La agitación de unos y otros les rodea.

Javier, estimulado por un impulso irrefrenable, coge suavemente su mano. Se miran extasiados. Solo un instante, no necesitan más para comprender que están viviendo el momento cumbre de su vida.

—Candela, la vida es un tren en el que todos somos pasajeros. ¿Quieres que viajemos juntos?

—Me encantaría, Javier.

Que sencillo fue todo, para gustarse al instante. Hubo más, muchos más encuentros: paseos en los parques, cogidos de la mano, cafés, risas, sollozos, silencios, ilusiones compartidas. En fin, todo aquello que vivido con sinceridad suelda dos vidas. Día a día cumplían el compromiso de hacer juntos el viaje de su vida, sin paradas intermedias, hasta el último lugar donde reposar juntos de las fatigas del viaje.

* * *

Gruesas gotas de lluvia impactan contra el cristal y descienden desafiándose en una carrera para ver quién alcanza antes el pie del ventanal. Javier las contempla a través del color dorado que trasciende el cristal de la copa.

Un relámpago vertical y un trueno lejano, que el cielo deja escapar como un bostezo, le hacen regresar a la realidad. Se vuelve y contempla la fotografía sobre la chimenea; desde donde ella le mira con la sonrisa que le cautivó, cuando sus pasos se encontraron, y le cambió la vida para siempre.

—Nunca te lo dije: cuando vi tu cara, aquella tarde, lo primero que pensé fue que tenías unos labios para no perderse un beso.

Amor, ¿por qué tuviste que apearte tan pronto?



La hora bruja

Miguel Fernández Rivero

I

Es la hora bruja
todos salen sedientos,
fulgor de luna.

II

Las calles se deslizan por la bruma
inquietas como gatos. Hay miradas
furtivas en ventanas, mujeres puma
que ronronean, humo que perfuma
los antros de las carnes mancilladas.

Al fondo de esos antros, como viejas luciérnagas,
centellean ojos

 y se encienden palabras
de extraño vuelo. Todo en la taberna
del deseo es misterio, ¡abracadabra!;
lo grotesco se torna

 hermoso, todo es magia
en la hora bruja. El gozo se presagia.

En el atroz aroma de los cuerpos
desnudos se producen los encuentros,
los sentidos palpitan, hay violentos

escarceos, batallas, juegos tiernos.
La tarde se consume en dulce fuego
y al final se hunde, rígida, en el centro
hermoso y ardiente, luz del universo,
lujuria, goce y éxtasis del verso.

III

Un lápiz rojo sobre el horizonte,
anuncio del silencio, nos dibuja
desnudos y grotescos
sobre la piel nocturna
del mundo, de ese mundo despiadado
que nos miente y nos insulta.
Oscuros son los límites del mundo.
La vida es una rosa que se abre siempre impura,
una rosa caníbal que devora inocencias.
Nadamos en la duda;
rojo, azul; claro, turbio; lápiz, papel o sueño.
Vagamos por las calles en manadas absurdas;
la multitud es otra forma atroz
de soledad. Disfruta
de tu porción de espacio y de tu tiempo
comprados con tus días, con tus sueños, oculta
tu miedo y tu vacío.
Las doce de la noche, extrañas brumas
confunden la mirada con furtivas
siluetas que susurran.
A veces el silencio es un cuchillo
que brilla entre las sombras y te busca.
Sobre la nada escribe el lápiz rojo
sin punta: **es la hora bruja.**

Ansiedad

Nerea Peña Peña

No recordaba la primera vez. Quizá empezó con un murmullo, con una caricia, con un tropezón.

Sí recordaba que no había sido así siempre, que en algún momento, que ahora parecía inalcanzable, había una vida con esa puerta cerrada.

Pero un día debió abrirse. Y por ese resquicio se colaron, hasta agrandar el paso y dejar imposible volver a cerrarla del todo.

* * *

Estaba trabajando. Las teclas del ordenador se desdibujaban debajo de sus dedos, porque había algo reptándole por la espalda y copiando su postura, intentando fusionarse.

—Estás cansada. Mucho. ¿Merece esto la pena?

Ella siguió trabajando, con el ser retorciéndose sobre ella, pero consiguiendo mantener el control de sus manos.

«A veces...».

* * *

Al principio quiso ponerles un nombre.

Monstruos. Demonios. Enemigos.

No tardó en darse cuenta de que no había ninguna palabra plural que los definiera. Porque eran muchos y uno solo. Venían del mismo sitio, de la misma puerta. Y solo eran hojas de un árbol, gotas de una lluvia, manifestaciones de una cosa.

* * *

Era de noche. El momento en el que esos seres pisaban más fuerte. Silenciosos, asfixiantes, inmensos.

Su cama parecía alejarse de su espalda conforme los ojos luminosos de la criatura se acercaban y se tragaban la oscuridad. Era del tamaño de un edificio y difuminaba la estancia a su alrededor. La cabeza, coronada con intrincados cuernos, se inclinó hacia ella.

Se miraron. El ser tenía ojos brillantes y sin vida.

—Imagínatelo. Todo esto podría pasar, y esto, y esto... Y entonces, ¿qué? Tienes que tener un plan B, y un plan C, y hasta un plan Z...

La voz ronca de la criatura martilleó en el cráneo de ella. Tuvo que desvelarse del todo para poder acallarla, para sentir de nuevo su cama en su espalda y que la habitación quedase en penumbra. Habían pasado horas, enseguida sonaría el despertador.

«A veces solo quiero...».

* * *

Había momentos en los que de pronto volvía el sonido. Los colores. La ligereza.

Instantes preciosos en los que olía sin algo que interfiriera, que sentía que podía caminar sin tambalearse, que de pronto abría los ojos.

Volvía. Atisbaba la vida antes de que la puerta se abriese. Veía que todas esas palabras y sensaciones de las criaturas eran lejanas e inofensivas.

Claridad.

Pero eran eso... momentos.

* * *

Caminaba entre una multitud. Todos parecían ir en la dirección contraria a ella. Tenía que esquivarlos, chocar sus hombros con desconocidos e intentar no perderse por el camino.

Miró hacia el cielo, más allá de los altos tejados de los edificios. Se llenó de meteoritos murmurantes.

—Estás sola. Completamente sola.

La gente a su alrededor no miraba al cielo, no parecía escuchar ese ruido, esas molestas vibraciones que no se callaban. Ni siquiera esa persona que sí la conocía y que iba a su lado hablándole de algo que ella ya no era capaz de escuchar.

Algo le aprisionó la nuca, se extendió sobre su cabeza y le goteó por la cara.

—Sola. Sola.

Respiró hondo, apretó los puños y se secó la piel. Los meteoritos dejaron de caer y ella pudo seguir escuchando a la persona que conocía.

«A veces solo quiero, aunque sea por un momento...».

* * *

Eran ella.

Todos y cada uno de esos seres eran ella. Suyos. Añicos de sí misma que se le clavaban.

La puerta iba a su interior, a lo más profundo. Aunque a veces los acallara, aunque consiguiera dejar de verlos y hasta sentir que no tenían poder, siempre quedaba un resquicio por el que se colaba un ruidito. En el momento menos esperado, recordándole que no podía escapar del todo. No de sí misma.

* * *

El suelo de la cocina se transformó bajo sus pies. Era un mar, un océano infinito de palabras y sensaciones, y sus pies se posaban en la superficie.

Entre las aguas cristalinas, veía miles de seres. Eran del tamaño de montañas enteras, con pieles gelatinosas y destellantes. Serpenteaban unos con otros, siempre en movimiento, inagotables.

—No puedes.

Las criaturas le retumbaban en el pecho. Cada movimiento era un latido, una avalancha que le sangraba entre las costillas.

—No puedes más. No podrás.

Se puso firme y los miró a los ojos. Los seres quedaron paralizados. Las aguas se enturbiaron hasta desaparecer.

Por fin sola y en silencio, ella se dejó caer de rodillas. Había pasado por el momento... ¿verdad?

Se miró las manos. De ellas empezaban a brotar hojarasca, ramitas y alguna flor. Se le fue extendiendo por la piel. Notaba los pétalos marchitándose entre sus pestañas.

Estaba cansada. Agotada. No podía más.

La puerta apareció frente a sus ojos, hecha de ramificaciones de momentos. Se abrió y una mano se asomó, invitándola a agarrarla.

Era ella. Era su mano.

«A veces solo quiero, aunque sea por un momento, desaparecer».

—Concedido.

* * *

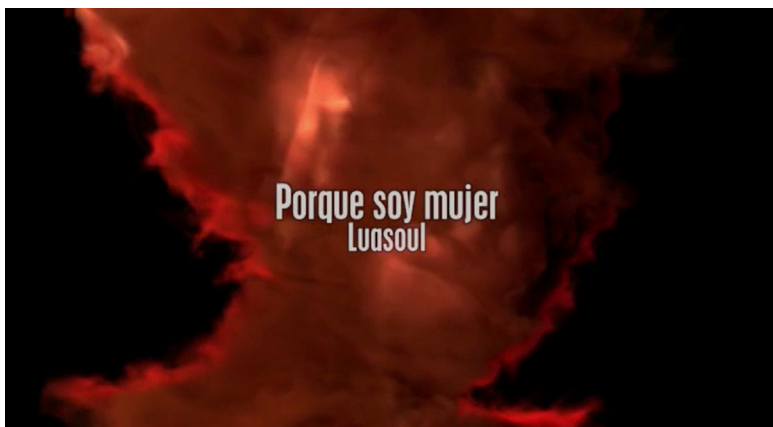
No había nada. Ni los seres, ni la puerta... Ni ella.

Desolación

Yoss Eli

Desolación, desespero y desconsuelo;
tres elementos que corren por dentro.
Desolación por las injusticias cometidas.
Desespero por querer y no poder hacer nada.
Desconsuelo por el dolor incesable que llevo por dentro.
¿Cómo algo tan simple puede llegar a mortificar tanto?
Si lo único que quisimos, fue amarnos.
No existe consuelo ni aliento que pueda aliviar,
solo cenizas que se queman hasta callar.
El odio que corroe por dentro no deja de quemar,
solo queda el perdón, ya que el olvido nunca podrá
llegar.

Porque soy mujer
Laura Uría Arranz (LUA)



[Para ver el vídeo pincha aquí o en la imagen](#)

A large, expressive red ink splatter graphic is centered at the top of the page. The splatter is dense and irregular, with many fine droplets and streaks radiating outwards. The title 'Regreso a Ítaca' is written in a black, cursive script across the middle of the splatter.

Regreso a Ítaca

Antonio Martín Infante

Cuando tú, Odiseo, viajabas en busca del camino de regreso a Ítaca, no hacías más que darle vueltas a la cabeza. Sabías que te faltaba algo. Lo sentías como una punzada que se te clavaba de vez en cuando en el costado. A veces ni siquiera te dejaba dormir. Otras veces apenas la sentías. Pero estaba ahí... Acababas de llegar del Hades y no te perturbaba más tu descenso a los Infiernos que aquella maldita punzada. Ni la isla de los Lestrigones, gigantes antropófagos que devoraron a casi todos tus compañeros, te perturbaba más que aquella maldita punzada. Ni los horribles cíclopes de un solo ojo que casi hunden tu barco a pedradas te aterraban más que aquella maldita punzada... Cuando definitivamente pudiste volver a Ítaca y, junto a Telémaco, matar a los groseros pretendientes de tu amada y fiel esposa Penélope..., la punzada cesó. Mas no fue la causa el reencontrarte con tus seres queridos, sino el volver a bañarte en sangre de nuevo después de que dejaras Troya tantos años atrás.



El espejo se ha cortado

Pedro Polo

Entre mis dedos de agosto
con un rugido de pan tierno.

Tierno sobre una hoguera de hábitos castrenses en
medio de un maremoto de descubrimientos.

Descubrimientos circunstanciales que lavan las heridas
tras la contienda.

Contienda que enfrenta entre sí a los más puros idealistas
forjando inevitables lunas.

Lunas que presagian la muerte de mi padre como el as
de oros de una baraja ennegrecida.

Ennegrecida con las cenizas de la cena del nolano en
medio de un diálogo tan abierto como cerrado.

Cerrado bajo llaves inconfesables
que se ahogan en tradicionales cantos infantiles.

Infantiles juegos que marcan el ritmo de una sinfonía
de instrumentos medievales y voces agrias.

Agrias metáforas que alían los campos de las otras batallas
de las que ningún noticiario nos habla.

Habla aunque te sajen, de vida, la garganta
y te desmienta el pecho desabrochado de la camisa.

Camisa desarrapada con manchas de acrílico donde
limpiaste culpas y enjugaste lágrimas.

Lágrimas que proyectan afectuosos rescoldos
con los que el espejo se ha cortado
entre mis dedos de agosto.



Mario Vergas

María Vergas (Catalina Neira)

¿Qué es lo primero que le veo a un hombre? La sonrisa, siempre he sido de gusto feo, pero la sonrisa más linda puede estar en la cara más fea. Un plus es que el torso sea hermoso, así podría llenar las camisas de forma magistral. Si es una camisa leñadora mejor aún, en mis fantasías viviremos perdidos en la montaña haciendo queso vegano. Que no sea musculoso desproporcionado, eso sí; ya salí con el rugbista y tanta masa muscular a la larga desagrada. Hasta ahora todo es superficial, entonces hablemos de un plano importante: la personalidad tiene que destacar, el sentido del humor tiene que ser de lo más trascendental. ¿En qué fallo? ¿Por qué mi última relación duró un mes? En la primera premisa: veo a un hombre cis hetero. Y esa es la señal de peligro.

No soy amargada, solo que ya no los soporto y ya no lo oculto; y ya superé eso de ser considerada la amargada de la fiesta cada vez que me escuchan hablar. Nombraré al mítico hombre cis hetero como Mario Vergas.

Mario Vergas es el hombre que normalmente me gusta, ese que mide en sus chistes machistas cuando está frente a mí, pero que cuando está con sus amigotes de mierda muestra su verdadero yo. Mario Vergas puede ser tu Felipe, Alonso, Elías, Andrés, Juan, Sebastián, etc. Yo sé que he estado con todos, menos con Carlos. Mario Vergas me gustaría por la forma que se ríe, o la forma en que me mira, o por que haga lo que sea que falte en el momento. La Diosa

sabe que cuando estoy mentalmente equilibrada estoy contenta sin este personaje.

Pocas personas me conocen a un Mario Vergas. Muy pocas amigas, de hecho. No soy capaz de controlar el machismo que yo no veo en los primeros meses, en los que estoy completamente dopada de felicidad por Mario Vergas. Que me miró, que me sonrió, que quiso estar conmigo, que me escribió un «buenos días» toda la maldita semana. Y la amiga de turno estaría ahí buscándole el ángulo en que se ve maravilloso ese hombre feo y simplón. No me gusta pasar por esa humillación, así que prefiero no presentarlo hasta que pase por aquellos tres meses de prueba en que por fin despierte, me quite la venda y vea lo malísimo que es realmente.

En mi larga lista de Marios está ese que me dijo que le había gustado tener sexo conmigo cuando yo estaba deshecha llorando. Que un Mario piense en su propio placer en el acto sexual y trate de consolarte así es muy violento, tanto como cuando ese mismo hombre también fue aquel que te despertó una noche al masturbarte solo porque se le salió de la verga. Ese Mario era altamente amado por mi abuela y tía, precisamente porque su sonrisa era linda. Mi mamá lo soportaba porque me apoyaba más que el Mario anterior a él, el cual solo veía una vez a la semana y durante los veranos desaparecía. Fue fácil mantener una relación así y durar tres años y medio, hasta ahora la más larga en mi repertorio. Marios, benditos sean en su privilegio. Otro Mario que me parece pertinente mencionar es ese que te dice que sí solo para agradarte, luego se enoja porque eres muy feminista, que te dice que «no hables todo el día de feminismo, que elija otro tópico como lo tierno que son los perritos». Que cuando te cansas de él luego de una escena en una fiesta, llorando porque no lo quieres, te dice tóxicamente que te va a «reconquistar», a base de gestos y flores. Perra, eso es muy superficial.

El Mario que te hace *ghosting*, ese que te dice hermosa cuando estás sentada sobre él y, cuando se va por la puerta y ves su espalda entrar en el elevador, ni siquiera sospechas que será la última vez que lo veas, ya que estuvo invitándote por meses a salir y tú preferiste leerle las cartas con tu amigo y, como salió la carta del Diablo, decidiste que era mejor alejarte, ya que es suficiente con tus propios dramas. Finalmente, no haces caso y estuviste cinco meses pegada pensando en él, encadenada por el Diablo y tu precario amor propio. Un consejo, si preguntas a los astros por su compatibilidad, ahí no es. Porque sol Leo no compatibiliza con sol Virgo, por mucho que tu Venus esté en Libra, y él solo quería acostarse contigo. Ser una más en su larga lista de María Coños.

Con esto no digo que salir con cualquier hombre cis hetero esté mal, solo digo que los que a mí me gustan son verga y hay que sentir vergüenza de mí misma. Uno de mis últimos Mario Vergas me rompió el pomo de la puerta y ni siquiera fue a arreglarla. Como buena mujer guerrera y empoderada, lloré de frustración mientras buscaba entre los cientos de tipos de tornillos y me equivoqué como treinta veces en dos tiendas distintas. Lo bueno de esta historia, es que ahora sé cambiar pomos de puerta, usando un versátil cuchillo de cocina, y también sé cómo buscar tornillos. En mis fantasías, ahora yo soy la que construye su propia *tiny house*, y la que apunta con una escopeta para ahuyentar a los intrusos en mi bosque de hadas encantado.

Ahora, no voy a negar que solo he sido víctima en este Juego de Marios, también fui victimaria. Y como que me gusten los hombres, también me carcome el alma haber sido tan mala con aquel hombre cis hetero que quise tanto. Han pasado largos siete años y sé que ya no lo conozco. En mis años mozos, observaba con atención al hombre cuando se sentaba frente a mí en clases, llenaba bien sus camisas oscuras, a pesar de que su estilo distaba mucho de la leñadora y

el queso vegano en las montañas. Era callado, tenía voz grave y suave, a veces gruñía cuando pensaba. La pequeña María Vergas que era yo en aquellos tiernos veintipocos lo imaginaba como su novio atento. En esos momentos el feminismo era un concepto abstracto para mí, si bien sentía que el sistema estaba mal, viciado y podrido, no podía explicar por qué, ya que no tenía los conceptos adecuados, así que no sé si era una persona horrible, ya que no tenía las herramientas necesarias para decidirlo. Al tiempo supe que yo le gustaba de la misma forma que a mí me gustaba, pero él era Leo y yo Virgo, por lo que yo era muy cerrada para su proactividad fogosa. No éramos compatibles, pero no me importaba. Sin embargo, mi protección virginal no me permitió seguirlo aun si me lo pedía de rodillas. Como yo era Verga, volví a los brazos del primer Mario de mi vida, porque me sentía poca cosa; y ese Mario tóxico ya estaba acostumbrado a tal ser tan deplorable. Evidentemente el hombre dejó de hablarme, me lo merecía. Siete años después, sé por redes sociales de su novia que siguen juntos. Felices aparentemente, aunque en el fondo sé que nadie es tan feliz como se muestra en internet.

Más en el fondo, yo nunca supero a nadie. Me veo toda tranquila y resuelta, una feminista amargada que no va a aceptar que digas algo machista en su presencia; pero también soy una adicta a las hormonas que me genera el Mario de interés. Y si el Mario no me jodió la vida, volveré a joderlo a él para poder pasar al siguiente. No me pidan consejos.

—Hola, aquí María —le escribiré un día—. Vine a arruinarle la vida otra vez.



Pensamiento

Rafael Simarro Sánchez

Dios puso miel junto al enjambre fiero,
a la fragante rosa con su espina,
al oro con la brega de la mina,
al placer y al dolor por compañero.

Hizo del ancho mundo cazadero
en que acecha a los méritos la inquina,
a la bondad la condición mezquina
y a la justicia el torpe desafuero.

Preñó a la juventud de seca estría,
al blando otoño con el rudo hielo
y a cualquier libertad fijóle tasa.

Así sucede con la pasión mía,
donde la gloria más el hondo duelo
habitan juntos en la misma casa.

Rompiendo la agonía

Bubezna



I. *Despertar*

Bp, bip, bip.

Busco el móvil entre las sábanas y apenas logro apagar la alarma que interrumpe mi placer matutino. Mi expresión cambia con los segundos y, para cuando logro tener conciencia, la frustración me acorrala.

Desde mi posición el techo es perfecto para dejar salir mis emociones sin conflictos ni tabúes. Una pantalla que ha visto ya miles de sueños tirados a la basura, ha oído mi llanto cada vez que luché contra el suicidio y hoy siente mi frustración.

Aprisiono mi cara con ambas manos intentando contener esta pesadilla, respiro profundo y me dirijo al baño al ritmo de la derrota.

II. *En el baño*

Estoy absorta en la nada y no soy capaz de mantener la concentración en la ilusión de un nuevo empezar. Hoy como cualquier otro día seguiré siendo el mismo fantasma que espera una caricia, un mensaje o una llamada, que me recuerde que existo más allá del espejo.

Tiro el camisón como si fueran mis esperanzas; le veo caer rápidamente y sin consuelo. Mi braga aún húmeda también cae y una huella de ropa marca el camino hacia la ducha.

III. *En la ducha*

Una tormenta de problemas violan cada rincón de mi mente estrujando mis sentidos hasta el punto de la deses-

peración. Me estremezco y no sé si es por el agua fría, por mis pensamientos o por mi soledad. Respiro profundo y me abrazo sollozando hasta recuperar el aliento.

Mis manos instintivamente se llenan de jabón: una crema blanca y sedosa que me recuerda el semen; y con ese recuerdo me enjabono la cara, el cuello y los pechos, dejando burbujas que resbalan y juegan mientras acarician mi piel.

El agua y la espuma se apoderan de mí como un torrencial de pasiones. En el pubis solo puedo sentir el deseo de revivir esa fantasía que me hace temblar. Esa fantasía donde no estoy sola, donde no hay rechazo, donde respiro erotismo y sensualidad.

Para cuando termino ya no queda jabón en mi cuerpo, ni pensamientos tristes, ni frustración. Solo queda el recuerdo del disfrute de esos minutos de placer.

Salgo de la ducha y dejo que la toalla me abrace cálidamente como ese abrazo que nunca llegó.

IV. *El espejo*

Me paro frente al espejo empañado y vislumbro una silueta cansada. La delíneo y me imagino a la mujer que quiero ser. Me acerco y soplo hasta que el vaho desaparece lentamente dejando a la vista mi reflejo.

Descubro mi cuerpo sin apuros y me encuentro a través de un espejo: una cadera, un seno, un labio y mucho más.

...

Un puzle que toma forma con el tiempo
y una piel que se eriza.

Una sonrisa tímida que se transforma,
un pensamiento que surge y...

Rompe la agonía.

...

Con música comienzo a vestirme como si hiciera un estriptís.

Sentada en la silla y con las piernas cruzadas en el aire es el turno de la braga. Me la pongo y acto seguido bajo mis piernas y las dejo semiabiertas mientras me arqueo hacia atrás. Me levanto y muevo mis caderas, acomodo el resto de la braga.

Bailo dando vueltas agarrando mis senos, sintiéndolos. Me coloco el sujetador y para cuando termino de girar aparezco frente al espejo con él ya puesto.

De cuclillas la camiseta cubre mi cuerpo, entre tanto me incorporo bailando. Con un pie delante del otro camino hasta el borde de la cama y me dejo caer. El vaquero sube por mis muslos mientras levanto mis caderas y según lo cierro siento cómo me las ajusta, respiro profundo.

Con los últimos versos de la canción voy cantando a la cocina.

V. Epílogo

Mi tazón está lleno de leche con cereal.

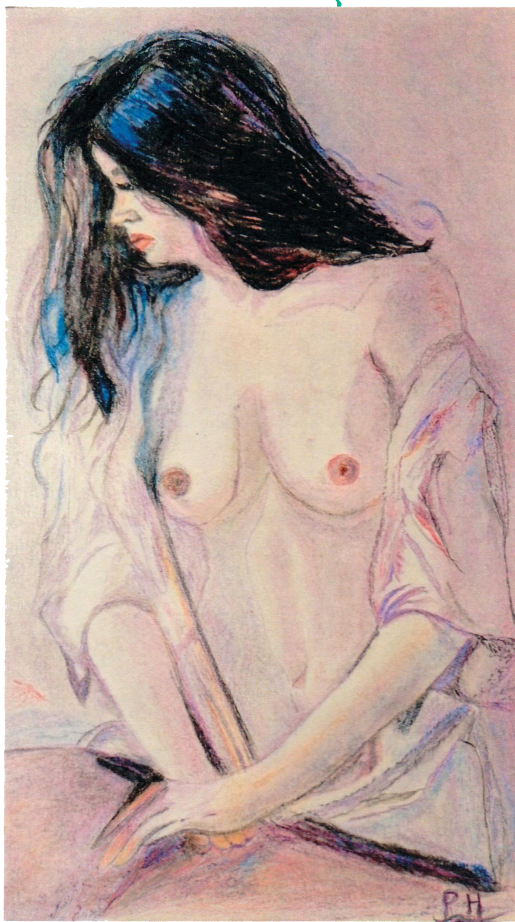
Con la primera cucharada sonrío y según me deleito con la segunda creo los siguientes versos:

«Acaríciate, mujer, y erízate,
sonríe a plenitud y grita,
llora con pasión y desea,
admira tu perfección y vive».

Hoy salgo decidida a enfrentar el hastío que me acecha y a encontrar en mi cotidianidad el erotismo y la sensualidad de la vida, de ser mujer.

¿Y si el Ángel fuera mujer?

Pilar Heredia Perona



¿Y si el Ángel fuera una mujer?,
pregunta su amigo sin inmutarse.
Vaya, vaya, si el Ángel fuera una mujer
es posible que fuéramos incrédulos,
no dijéramos sí con la cabeza
y dijéramos sí con las entrañas.
Tal vez acercáramos a su divina desnudez
para saber cómo besar sus pies no de bronce,
besar sus pechos no de mármol.
Si el Ángel fuera mujer
le hablaría, consolaría, adoraría.
Si el Ángel fuera mujer
no habría que jurar, ¡nunca más!,
y si yo fuera valiente, le pediría perdón,
la llevaría al reino de los cielos
con mis brazos no cerrados para abrazarla
y decirle hasta siempre
y le daría mi amor.
Ay, dios mío, dios mío,
si hasta siempre y por siempre
fueras una mujer
qué lindo escándalo sería.

Amar en tiempos de pandemia

(Un relato real como la vida)

Felipe Lucena Marotta

Abril de 2020. Me reincorporo

Me reincorporo. Llego al hospital, a mi hospital; ¡Dios!, ¡treinta años trabajando aquí y hoy tengo que identificarme...!

—Disculpe, Dr. Martín, no le reconocí... con la mascarilla...

Organizo una planta para pacientes COVID; enfermeras y auxiliares, imbuidos en delantales y viseras se afanan por atenderlos. Entre mis enfermos reconozco a un traumatólogo amigo, tiene oxígeno.

—¡Alberto!, ¿cómo estás?

—Mejor, Rafa. Me da gusto verte. ¿Me vas a llevar tú? Sé que lo pasaste...

—Sí. Estuve malito. ¡Ay! Aquella noche vi la muerte pelona...

—Yo voy estando mejor.

—Hemos tenido suerte... estás curándote; ¡uf, tenemos una edad! Todos hacemos falta. ¡Hasta los traumatólogos!, ja, ja...

Finaliza la jornada regreso a casa. Llueve; calles vacías, cielos opacos. Me detengo para comprar. Reconozco a Jesús, catedrático en el Clínico. Tras la mascarilla murmura:

—Rafa... ¿nos lo íbamos a perder?

Sí; al final de nuestra carrera solo faltaba vivir, desde el mismo ojo del huracán, una pandemia. Es una experiencia

como de otro nivel de conciencia. ¡Qué vértigo! Desbordados, sin recursos ni protocolos. Es como si la tierra se abriese o un meteorito nos hubiese alcanzado de pleno.

Por las tardes la gente, confinada, aplaude al colectivo sanitario. No tenemos mérito especial, si acaso lo tuvimos el día que elegimos esta profesión, y nadie aplaudió entonces.

Yo superé la enfermedad. Antes como si fuese un soldado de infantería prusiana cargando estoicamente bajo el fuego enemigo observaba cómo iban cayendo compañeros a mi lado... El recuerdo es agridulce. ¿Dulce? Me explico:

Galicia, dos meses antes de la expansión de la pandemia

La conocí anoche, en la cena de bienvenida del congreso, es médico de primaria, morena; distinta a Marta, mi recordada esposa. Desde que ella no está, es la primera mujer en la que me fijo. Es vivaracha, inteligente, guapa, muy guapa, pero, *¿demasiado joven y demasiado pronto?* La conferencia discurre monótonamente. Ella parece aburrida, distraídamente en un bloc esboza una casa con un tejado curvo que me recuerda una construcción en la costa. No puedo evitar entrometerme:

—Manuela, ¿te importa que complete tu dibujo?

—No, claro que no...

Ella sonrío con los ojos mientras su pelo hace bucles. ¡Vaya por Dios!, ¿me estaré enamorando? Dibujo, árboles, casas, mar, cielo y un sol poniéndose tras el acantilado.

—Es un paraje junto al mar, si quieres te lo puedo mostrar.

Ríe mi audacia. Desde entonces compartimos conversaciones, miradas...

De vuelta, en Madrid, la acerco a su casa. En el portal nos despedimos con sendos besos. Añado, en tono distante:

—Manuela, espero volver a verte, aunque no sé... lo mismo acabo enamorándome... y no podría ser.

Con voz trémula replica:

—Y, ¿por qué no?

—La diferencia de edad...

—¿Y, qué importa? ¡Lláname!

A través de la lluvia abordo la autopista; sí, mi vida está dando un giro copernicano. Aunque, ¿*demasiado joven, demasiado pronto?*

A la mañana siguiente, un WhatsApp me aclara dudas:

—¿Cuándo nos vemos?

Respondo emocionado:

—¿Cuándo sales?

—Tengo turno de tarde, a las nueve.

—Buena hora para tomar algo.

A las nueve estoy en la puerta de su Centro. Le queda un paciente...

... por fin sale... ¡Uf! ¡No me acordaba de lo guapa que es!

Salimos al fresco. Manuela me coge de la mano, otra vez la lluvia... Nos refugiamos en el *bareto* más cercano. Allí, me besa con dulzura. Sí, definitivamente enamorados, como dos marinos en lo alto del palo mayor en medio de la tempestad.

Nos seguimos viendo y nos seguimos besando.

De pronto, estalló la pandemia.

¡20 de marzo!

Llevo días diciéndolo: «Es cuestión de tiempo, todos nos contagiaremos». Anoche ya estaba raro, esperaba que el sueño fuese reparador. Pero no, ¡hoy me es imposible moverme! *Lo he cogido*. Hago dos llamadas. La primera a mi jefe; no iré a trabajar. La segunda a Manuela... al rato estaba en mi puerta, recogíendome:

—Rafa, te llevo a mi casa.

Pasan los días...

... hoy estoy peor, Manuela me lleva a mi hospital para hacerme una PCR. La carretera sigue vacía, llueve.

El *hospy*, mi *hospy*, impresiona: galerías vacías, no hay luces, solo sombras. En Salud Laboral una larga fila de mascarillas me precede. Esperamos sentados en el alfeizar del ventanal mientras la lluvia golpea el cristal condensando fiebre y frío. Más allá, la facultad se ve, distorsionada por el vaho y el miedo. Reconozco compañeros de todos los estamentos, sorprendidos, como abducidos...

Por fin es mi turno. Tengo fiebre. La torunda se hince en mis fosas nasales al obtener la muestra. Regresamos, Manuela me embute en besos y paracetamol. A la mañana siguiente una llamada confirma lo evidente:

—Dr. Martín. ¡Ha salido positivo!

Mejor. Tengo diagnóstico. Ahora pienso en Manuela. Ella ha tenido unos días de malestar general... ¡Ay! ¡Su entrega ha sido incondicional! *¿Demasiado pronto, demasiado joven?* El amor arrambla con todo...

Llega la noche.

Tras una gran tiritona, el termómetro sube hasta más de cuarenta. Siento que no me importa morir, me iría con Marta... Manuela, me forra de paños de agua helada. Al rato sudo y sudo, empapando hasta el colchón... La fiebre desaparece de pronto; me levanto. ¡Qué bien estoy! Tras ducharme, reparo en un dibujo adherido a la puerta de entrada, ¡un Sagrado Corazón!, como el de casa de mis abuelos. Sorprendido regreso al dormitorio, Manuela me acoge hasta que duermo.

No sé si los hechos paralelos pudieron hacerme volver del otro lado; soy un científico, quiero quedarme con la intención curativa de Manuela.

Días después, volví a trabajar.

¡Estamos en guerra!

Vuelvo al comienzo, rodeado de compañeros, embutidos en trajes que parecen escafandras, entregando lo mejor de nosotros... Así pasan los días. Hay momentos en los que el

alma se desgarran; dolor e impotencia; la UCI saturada, los féretros se acumulan, mueren compañeros, amigos... No, no es fácil; ¡es la guerra!

Abril. Una guardia especial

Estoy de guardia en el pabellón cercano al hospital, habilitado para esta situación. En un momento de rabia, cojo un balón del almacén, conduciéndolo recorro el campo de fútbol anexo, hasta el área donde chuto empotrándolo en las redes de la portería, grito:

—¡Gol! ¡Por mí y por todos mis compañeros!
Vuelvo adentro, queda guardia...

Mayo. La luz de la ilusión

Comienza otra semana, mis jefes me mantienen en la planta de COVID.

—Rafa, tú ya lo pasaste; vas a estar con los MIR que acaban...
Yo lo tomo como una oportunidad.

Observo a mis nuevos compañeros. Saben mucha *técnica médica* y, a pesar de su juventud, mucha Medicina. Les arengo riendo:

—Muchachos, el COVID no podrá con nosotros. ¡Aquí estamos los más jóvenes del hospital! Ja, ja...

Da gusto trabajar con ellos, rezuman entusiasmo, brillan con la luz de la ilusión y aportan las fuerzas elementales de la Medicina: la intuición, la percepción y la inspiración, ¡ah, y la humildad! ¡Sin humildad no hay fuerzas elementales!

Pues sí, no es cuestión de edad... además, ya se sabe, un hombre tiene la edad de la mujer que ama.

La soledad... Petra

La mayoría de los pacientes están desconcertados, hay que redoblar esfuerzos para acompañar y generar esperanza.

Aun así, hay algo que yo llevo especialmente mal, peor que la mismísima muerte: la soledad. Ese fantasma nos atormenta. Nosotros tratamos de responder, a veces con silencios, cogiendo en las nuestras las manos de los pacientes; percibiendo así vidas donde apenas ya cabe la esperanza. No, no me acostumbro.

Petra, de noventa años, ha mejorado mucho. Observo a un enfermero sentado frente a ella, sosteniéndole manos y mirada. Algo ha murmurado él que resuena en el alma de la anciana, quien responde con una sonrisa que llena de luz la sala.

Petra se va de alta; en silla de ruedas sale como una reina, acompasamos su marcha con una ovación. Ella responde sonriendo. Mientras aplaudimos, noto mi corazón expandirse. Sí, soy un privilegiado por formar parte de este grupo humano.

Hoy Manuela ha llegado pronto. Sonríe recordándome a Petra. ¡Por fin yo también sonríó! Sí, tal vez demasiado joven, pero no *demasiado pronto*...

Junio. Noche de San Juan

Hace unos días discutí con Manuela. ¿Lo dejamos? Los virus del egoísmo y la incompreensión afloraron tras los egos. Las heridas sangraron despertando fuerzas socorredoras que acudieron prontas a cicatrizar. La más potente de todas, el perdón incondicional.

Tras mirarnos, apenas un segundo, de nuevo el amor arrambló con todo. Otra vez, bajo un aguacero; lluvia de besos.

Durante la noche medito; viajo desde la mínima partícula que supone el virus hasta allá de donde vienen los pensamientos inspirativos. Solo así puedo percatarme del poder transformador del perdón, voy de la incompreensión a la empatía, del desasosiego a la esperanza. Intuyo el sentido

universal de la pandemia, de mi encuentro con Manuela;
siento la fuerza alquímica que genera un nuevo paradigma.
Sí, ni demasiado joven ni demasiado pronto.



Confesiones

Antonio José Moreno Villa

No sé si debería hablar.
Callar algunas cosas puede ser un trabajo duro para la
[memoria.
Cuando ha pasado tiempo y ese tiempo no hace olvidar,
lo mejor es ponerse al día con los recuerdos.
Dudo y doy muchas vueltas a hablar de cuanto pasó.
En la memoria parece que fue ayer, por eso me atormenta.
Cuando estas en edad donde el mundo parece pequeño
y casi lo tienes a tus pies,
no crees poder hacer nada malo desvelando algo pasado.
Tan lejano y tan cercano por partes iguales.
Me siento como el recodo del camino, ése que, por más
[que pasas por él,
siempre parece distinto.
Aunque el camino me ponga y dirija mi destino, nunca
[podré olvidar.
Ahora que las canas y los achaques me ponen al día, los
[años pasados,
ésos, ésos siempre me acompañan.
No, no tuve amores de opereta.
Ni soy ni quiero ser más, tengo lo que necesito, pero sí
[quiero contar mi historia.

Que no quede sólo en mi memoria.
Un día, allá por los años 60, en esa niñez que tanto recuerdo.
Cuando en la casa las penas no se tapaban con pan,

no había para mucho más.
Siempre había momentos para la felicidad.
Sentirte feliz por esos zapatos nuevos estrenados por
[Semana Santa.
Aquel jersey de lana hecho por mi madre y que tanto
[abrigaba.
Esos paseos de media tarde sin rumbo,
sólo sintiendo el aire en la cara.
Ésa era mi felicidad.
No echar de menos nada, para qué.
Ante lo desconocido qué podía decir.
Cuando se me pregunta por mi felicidad, qué puedo
[contestar.
Ahora no la tengo en su totalidad.
Los que me dieron la vida ya no están.
Los que la tienen que continuar, están lejos.
No los puedo disfrutar.
Ante la pregunta de si tengo la felicidad, ¿qué puedo
[contestar!
En esa niñez de mi memoria, donde mis recuerdos
[están siempre presentes,
ni tenía ni nada necesité, no lo conocía, para qué.
La felicidad no es tener todo al alcance de la mano.
Mi felicidad era tener lo necesario, lo desconocido
[vendría después.
Sí, soy feliz a mi manera, tapando los tiempos duros,
esos están en mi memoria.
Los siento yo, a los míos, todo lo mejor.
Que esos tiempos queden en los cuentos del abuelo.
Así podré sacar las penas y decir al mundo que un día
[fui feliz.
Si la historia quiere que mis palabras se escuchen,
que no piensen que me arrepiento.
Solo quise que su felicidad pareciese de otra realidad.

Las penas mejor dejarlas como malos recuerdos.
En el presente sólo quiero realidad.

P. D.: A los míos que tanto quiero.
Felicidad, sólo felicidad.

Una extraña historia

Adela Jiménez Madrid

Esta es una extraña historia con dos extraños protagonistas: una mujer inteligente que quiere ser tonta y un hombre tonto al que le gustaría ser listo.

Un día caminaba la mujer inteligente por las calles de Madrid. Lloraba y repetía en un susurro: «¡Quiero ser tonta! ¡Quiero ser tonta!». Levantó la voz sin darse cuenta y un hombre joven que caminaba en sentido contrario se acercó a ella y le dijo: «Yo soy tonto y me gustaría ser listo. ¿Negociamos?»

Después de un corto silencio acordaron una fecha para empezar a negociar. En la primera reunión se fijaron las normas. El primer turno de palabra correspondió a la mujer inteligente que quería ser tonta. Esto fue lo que dijo:

—Todo empezó el día que nos dieron las primeras calificaciones. En mi caso una hoja blanca en la que figuraba un diez en cada asignatura. Cuando se las enseñé a mamá se echó a llorar mientras decía: «¡Si tu padre las viera...!». Mis tíos y tías, al ver mis notas exclamaban: «Es tan inteligente como su padre. Ojalá tenga más suerte que él...».

»A mi padre lo habían fusilado el día quince de agosto, recién comenzada la Guerra Civil. Nos quedamos sin casa, sin dinero, sin nada y nos fuimos a vivir con mi familia materna que residía en Tetuán, capital del Protectorado español en Marruecos. Empezamos una nueva vida. Mis hermanos y yo fuimos a un Colegio-Instituto de enseñanza mixta.

»Cuando las calificaciones excelentes se repitieron, tomé una decisión: seré diferente en el estudio y en las notas conseguidas, pero seré igual a mis compañeros en todo lo demás. Compartiré con ellos lo que aprendo, les contaré cómo resuelvo los problemas, cómo hago las traducciones de latín, cómo entiendo lo que ellos no entienden, participaré en sus juegos y diversiones, aprenderé a jugar al fútbol, a montar en bicicleta, a cantar y a bailar. Dejaré que la oscuridad de algunos invada mi espacio al mismo tiempo que mi luz entra en el suyo. Esconderé mis notas y no hablaré de ellas.

»Vivía rodeada de gente, pero estaba segura de que debía enfrentarme sola a mi realidad, sobreponerme sola al dolor y echar a andar sola por un nuevo camino.

»Necesitaba estabilidad afectiva y la recibía de mi nueva familia, de mis profesores, de mis compañeros de clase. Me comprendían, me respetaban, me tendían su mano y yo me sentía responsable de mi vida. Mi mundo interior no lo comprendieron nunca, pero conocían su existencia y aceptaban sus singularidades. Me permitían ser diferente. No me dejaron sola ni me impusieron su compañía. Fui yo quien los elegí, quien los quise y me hice querer, quien, junto a ellos, me abrí camino y maduré.

»Nadie me llevó a un psicólogo y nunca me hicieron un diagnóstico formal, pero todos sabían que era más inteligente de lo normal y todos me ayudaron a serlo de una manera sencilla y hermosa. ¡Gracias a las personas maravillosas del contexto humano en el que me tocó vivir!

»Llegué a la Universidad. Los dieces se convirtieron en Sobresalientes con Matrícula de Honor, cambié el fútbol por el baloncesto, dejé de ayudar a unos compañeros que no me necesitaban, salí con chicos y me enamoré. Hasta que terminó la vida de estudiante.

»Pasé de alumna a profesora como quien cambia de posición en un mismo lugar: el de aprender y enseñar. Atrás

quedaban los test de inteligencia, el cociente intelectual y las óptimas calificaciones académicas que dieron un color especial a mi condición de alumna. Atrás quedaban mis profesores de Bachillerato y de Universidad. Atrás quedaban los estudiantes a los que tanto quise y tanto me quisieron. Atrás quedaba aquella adolescente que aprendió a madurar deprisa en tierras africanas.

»No era una despedida definitiva. Todo lo que dejaba atrás seguiría estando ahí como recuerdo, como posible ayuda, como significado, como explicación de una vida.

»Seguía convencida de que era diferente y decidida a no mostrar mis diferencias, a no destacar en mi nuevo contexto. Pero destacué. No pude evitarlo. La respuesta de mis estudiantes fue extraordinaria desde el principio.

»Estaba acostumbrada a estudiar rápido, a comprender sin esfuerzo, a memorizar con facilidad y a ocultar esos privilegios, pero aquello era distinto. No estaba en mi mano ocultar el entusiasmo de mis alumnos.

»Tenía 21 años cuando me convertí en profesora. Todo iba bien y mis tristezas profundas de niña huérfana se iban borrando. A mis alumnos les gustaba como profesora. Yo tenía una gran vitalidad interior, me sentía capaz de todo, me brotaban las iniciativas. Poseía una autoridad innata bien aceptada, tenía un gran ascendiente sobre los alumnos y ejercía sobre ellos una gran influencia. Estaba segura de que ser diferente no iba a suponer un obstáculo en mi vida de profesora como no lo había sido en mi vida de estudiante. Hasta que empecé a darme cuenta de los peligros que existen en el hecho de ser diferente cuando la diferencia implica destacar.

Al llegar a este punto, la mujer inteligente que quería ser tonta hizo una pausa, miró a su compañero y le preguntó:

—¿Por qué dices que eres tonto? No lo pareces.

—Yo antes no era tonto. Mis amigos me hicieron cambiar, soy un tonto fabricado por mis amigos. Yo defendía la

verdad y decía la verdad cuando no hacía daño. Perdonaba y pedía perdón. Respetaba y pedía respeto. Creía en Dios y hablaba de Él. Ellos se reían de mí. Eres tonto, me repetían. Todo eso no está de moda. Son cosas de nuestros abuelos. Únete al progreso de los nuevos tiempos. Aprende a mentir. No perdones, véngate. No respetes. No obedezcas. Sé libre. Me hicieron dudar hasta que me atontaron. Fuimos muchos los que acabamos siendo tontos por este sistema. Algunos se quedaron en su tontería para siempre. Otros, como yo, quieren volver a ser listos.

—Te comprendo —dijo la mujer y de nuevo tomó la palabra—: un día, en un curso de DBM, levanté la mano para intervenir y el profesor me dijo: «He notado que cada vez que intervienes en clase empiezas con palabras como estas: “no estoy segura”, “puede que esté equivocada”, “creo, pero no lo sé”. Luego tu opinión es clara y segura, le sirve a tus compañeros y la aprecian. Da la impresión de que intentas quitar importancia a lo que dices, tal vez para no destacar. ¿Es así?». Asentí y él continuó:

»“Hazte responsable de lo que sabes, de lo que tienes, de lo que eres. No intentes ocultarlo. Por más que lo intentes lo que sabes, lo que tienes y lo que eres se mostrará, será útil para la mayoría, pero siempre habrá algunos o algunas que no soportan que alguien destaque por encima de ellos. No lo puedes evitar”.

»Fue una lección importante que intenté seguir pero no pude.

»Lo que viví en mi infancia y en mi adolescencia no murió para siempre. Me sirvió de soporte y estímulo para desarrollar mi propio potencial. Mientras me educaban y yo me dejaba educar dimos forma a la persona que llegué a ser. Una forma sujeta, durante la vida, a pérdidas y ganancias, a modificaciones sin cuento, pero con una base sólida y permanente. Lo que edificué bien nunca se desmoronó y nunca olvidé lo que

aprendí, aunque también es cierto que lo que se torció en esos años nunca conseguí enderezarlo del todo. Me equivoqué al creer que debía ocultar mi talento y me seguí equivocando toda la vida. Me acostumbré a callar, a esconder todo lo que pudiera hacerme parecer inteligente o valiosa en cualquier sentido.

»Me preguntas por qué quiero ser tonta y esta es mi respuesta: ser inteligente hace sufrir y cuando el sufrimiento llega a ser muy intenso, uno se siente capaz de renunciar a una inteligencia que tanto duele.

Pasó el tiempo. La mujer inteligente ya no quiere ser tonta y el hombre tonto ha vuelto a ser inteligente. Él ha recuperado sus valores y ella reconoce, sin temores, que fue superdotada de niña, de adolescente, de joven, de adulta, de jubilada y de vieja. Juntos piden perdón por sus errores y dan gracias a Dios por el don de la inteligencia.

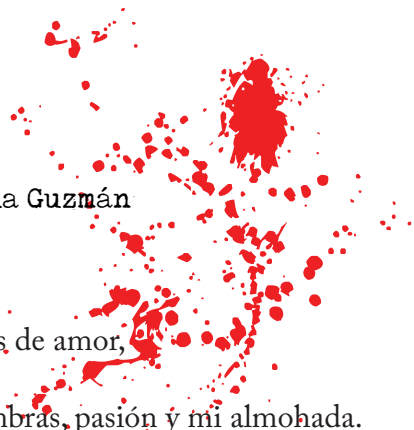
Cuando alguien habla de «volver a la normalidad» ellos prefieren decir «Mañana será otro día».

Vivimos en una sociedad mediocre. Una persona inteligente es una riqueza para su país, pero no se siente comprendida en una sociedad mediocre. Siente que son muchos los que se esfuerzan por ignorar su talento. Y sufre. Nunca faltan los que envidian al que destaca. La sociedad del siglo XXI, mediocre en su mayoría, habla de inclusión, pero mira para otro lado cuando los que piden ser incluidos despiertan envidia.

En palabras de Winston Churchill: «El talento de los ciudadanos será la mayor fuente de riqueza de una nación». Ese futuro no ha llegado. En la actualidad existe la tendencia a ignorar el talento. No siempre es así, pero ocurre.

La igualdad indiscutible a la que tenemos derecho como seres humanos no puede convertirse en una razón para ignorar el talento.

«Nadie enciende una vela para ponerla debajo de un celémín, sino sobre el candelero para que ilumine a todos los de la casa».



María Guzmán

Lunas de plata, noches de amor,
mirada enamorada,
vino y rosas, luces y sombras, pasión y mi almohada.
Huracán de pasiones en la retina, un furtivo amor que
[es medicina,
lucero de alba y tu presencia,
adorando la voz magistral que mueve en el interior y
[trae paz,
conecto con mi verdadera vocación, creando mil historias
[en cada renglón.
Abril y su soleada mañana, cuarto mes del año y la caricia
[del alma.
El cielo de abril, las canciones que escribí,
tu sensibilidad y la ilusión por bellas sensaciones sentir.
La clave del éxito, el amor sincero y un brillo en los ojos
[con un te quiero.
Hoy te confesaré que tu boca a mí me provoca, aparece la
mejor versión del amor, a través de tu mirada tus ojazos
como impresionantes soles, tu interior muy bonito plasma
la esencia que hay en tus amores.

Algo que nace en la arena

Antonio García Cánovas

Permite, antes de empezar a contar las batallitas propias de la ancianidad, que descargue en tu alma algunas de las emociones que embriagaron mis sentidos durante las mágicas y breves horas vividas cuerpo a cuerpo con el hombre de la arena.

Una leve neblina dorada comenzó a ocultar la espejeante movilidad del mar. Lamió la arena y envolvió al hombre, humedeciendo su rostro con microscópicas gotas marinas.

Lo contemplé largo rato sin atreverme a tocarlo. Cabellos rubios como algas se enredaban sobre la frente alba. Lo alcé en los brazos y le di a beber de mi agua, lo llevó bajo las aulagas y le di a comer de mis frutos, lo acogí entre mi carne y le alivié el frío del cuerpo.

Y con la sed saciada, y el corazón en calma, durmió sabiendo que otro ser abrazaba su sueño.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

No podía decir quién era ni de dónde venía. Solo recordaba un salto al vacío; como cuando en el sueño te ves cayendo en un abismo y en el último instante, creyendo que vas a morir, despiertas sobresaltado. Y después, el agua refrescando la piel, quemada por el mismo sol que cegaba los ojos y unas manos buscándolo sobre la arena. Hasta que los cuerpos se consumieron en el fuego que deshace las carnes y los huesos.

Llegó la noche y ninguno quería dar el primer paso para una separación que sabíamos inevitable. Nos refugiamos en

una pequeña cueva, tal vez guarida de lagartos que tanto abundaban a la hora del sol entre los matorrales.

Nos calentábamos al amor de una exigua hoguera y mirábamos las sombras cambiantes que nuestros cuerpos dibujaban en las paredes rocosas. Ojalá que la impronta de nuestro abrazo quedara para siempre fija entre las grietas. Manché su mano y la mía con la ceniza aún caliente y marqué con ellas todos los entrantes y salientes de la cueva. Revolcamos la albura de nuestros cuerpos entre el hollín y la tierra roja y dejamos su impronta sobre las rocas.

Comprendí entonces que había de hablarte de esto, porque ahí estaba el origen de los placeres de la vida, porque, con el apetito de perpetuar nuestro efímero encuentro, no habíamos hecho otra cosa que repetir las ceremonias de consunción con la naturaleza de nuestros ancestros.

Hablé casi para mí mismo, contemplando el ir y venir del hombre embadurnando paredes y danzando en torno a la hoguera:

—Jamás existió el *Homo sapiens* tal como nos lo retratan los entendidos en la materia.

»Yo también creía en los cuentos de los curas y los sabios. Unos decían que hubo una primera pareja, allá por las tierras maravillosas de Edén, que parieron a todos nuestros antepasados. ¡Qué agotador trabajo! Mucho después, los otros encontraron algunos huesecillos en tierras africanas y decidieron que allí estaba el origen de la especie humana. Eran los restos de un mono que andaba a dos patas, que comía carroña y machacaba huesos con un par de piedras para extraer el tuétano. Lo llamaron *Australopithecus* en lugar de Pepe o Juan, que era más fácil de recordar. Otros «moní-didos» fueron apareciendo en todos los continentes, follaron unos con otros porque por entonces no había prejuicios de raza o especie y dieron lugar, ¡oh milagros del mestizaje!, a seres que iban progresando en intelecto y curiosidad. No

hubo una única pareja procedente de África como pretenden los sabios. De nuevo la religión se disfraza de ciencia. El *Homo aggresivus*, o mejor, *el Homo ferox*, se fue desarrollando en todos los continentes a base de mucho copular y se extendió por las tierras y se volvió a mezclar y también a exterminar hasta llegar a esta especie malsana que, para su propia desgracia, tiene trastornada la capacidad de raciocinio.

Dejé de hablar porque tomó mis manos y me arrastró hasta la hoguera. Bailamos y cantamos un canto a todas las criaturas que el joven recordaba de sus tierras lejanas y luego, rendidos, echados sobre colchones de algas, entrelazamos los cuerpos y todos los recuerdos de antaño se hicieron como río que saltara de piedra en piedra en los recónditos repliegues de mi cerebro.

Del libro inédito *El viejo ante el espejo* (fragmento).



I

Ocurre sin querer y se muestra en cualquier lugar.
Se encuentra en pequeños chigres
acompañándose con bebidas espirituosas,
te asalta de improviso un recuerdo, atrapándote el corazón.
Se acerca la mano al vaso que se apura de un trago,
y ocurre,
ocurre que a veces se nos ve contener una lágrima,
los ves, lo ves.
Pero siempre, siempre,
notas un trémolo en la garganta después de beber,
y arrojas, o devuelves un resto a la tierra,
o al balde que pusieron
para salvar las apariencias,
por mor de los más llorones,
pues ya sabes,
siempre terminan encharcándolo todo.

II

Nadie sabe cuándo te alcanza,
y se da mientras trabajas,
o mientras paseas,
no queriendo, esta vez, volver a casa.
Se da, se da de madrugada
en la soledad de un lecho compartido,
en medio de multitudes.
Mujeres, hombres, gentes.
Nadie lo sabe, nadie sabe por qué lloras, nadie.



Sumida en tu recuerdo

Nuria de Espinosa

Todo transcurría entre los parámetros que podrían considerarse normales, hasta que conocí a Daniel; él era algo parecido a un hidalgo castellano, nacido en Castilla, dentro del seno de una familia acomodada. Su educación religiosa fue lo que más me atrajo de él. Recuerdo los paseos junto al arroyo mientras evocábamos a Machado, tratando de retener el agua entre nuestras manos. Entonces llegó, un breve y casi adolescente matrimonio que nos concedió dos hijos: Gabriel y Lucía. Al poco tiempo descubrí que Daniel se perdía en su palabrería. Quizás lo que más me costó fue mi voto de silencio, ahogada por la desidia de sus pecados; un infiel redomado.

Tuve paciencia, mucha paciencia. Mis días transcurrían entre el silencio y mis oraciones.

Pero apenas hace un año, todo empezó a precipitarse. El despecho hacía Daniel creció en mí con fuerza. Reflexioné mucho y decidí que era el momento de introducirme en el mundo laboral. Por supuesto Daniel se negó en rotundo; iba en contra de sus creencias. Creencias que aplicaba para lo que le interesaba. Me mantuve firme y pronto empecé a trabajar. En un principio me sentí sola, encadenada al trabajo donde hallaba algo de consuelo y, a pesar de que temía el regreso a casa, comprendí que mi vida familiar era más importante para mí que cualquier consuelo afectivo con Daniel.

Un atardecer bastante grisáceo, me encontraba caminando de regreso a casa, cuando un joven motorista chocó

ante mis ojos contra una farola, murió en el acto. Volví a casa sollozando por la aterradora imagen que golpeaba mi mente una y otra vez. En aquel instante me di cuenta que debía retomar las riendas de mi vida, por increíble que pareciese me aterraba romper nuestro matrimonio.

Algo sucedió en aquel fatídico accidente que resquebrajó mi interior haciéndome aún más fuerte.

Me miré ante el espejo y vi la imagen de una mujer demacrada, cuyo reflejo se negaba a asumir. Llegué a pensar que mi existencia era miserable. Un grito mudo se ahogó en mi garganta y expulsé la visión del esperpento que acababa de ver: yo. Sonreí capaz de retratar mi alma y evitar que aquellos pensamientos se posaran en ella. Escuché el sonido de unos pasos que se acercaban; el crujir de las pisadas sobre el *parquet* delataba su presencia. Daniel apareció sonriente, perfumado, impecable. Respire profundamente. Durante unos minutos reflexioné sobre nuestro destino. Llegué a la conclusión de que necesitaba a Daniel más que nunca. Mis pensamientos aceleraron las palpitaciones de mi corazón, anhelando las caricias de Daniel de un modo que nunca imaginé. Grité dentro de mí con desesperación, cuando para mí sorpresa, Daniel dijo:

—Mi amada Lucía. Espero que me perdones todo el daño que te he hecho. Sé que me odias y que incluso has pensado en romper nuestro matrimonio. No puedo ofrecerte más que mi amor. Mi orgullo durante los últimos meses me impedía acercarme a ti. ¡No puedo más! Necesito abrazarte, besarte, acariciarte. Te fallé y fui infiel porque inequívocamente no aceptaba mi madurez. ¡Qué estúpido he sido! Jamás podría amar a nadie como te amo a ti. Yo...

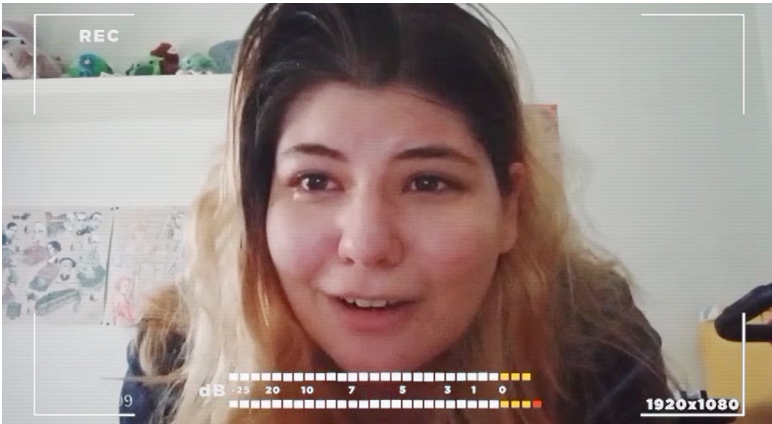
—No te odio —respondí.

El dolor se disipó y mi llanto se evaporó junto a sus palabras. Le amaba a pesar de todo. Mi cuerpo le tendió los

brazos sin cicatrices, sin rencor, sin palabras de reproche; y allí en nuestra habitación volvimos a ser una sola alma.

—Hoy, después de veinte años me deja de nuevo vacía. Su amor se extenderá sobre el cielo a la espera de que nuestras almas se vuelvan a unir. Su presencia queda en un tiempo ya extinguido y no deseo más mortaja que el amor de sus palabras.

Susana H. Guerrero



Para ver el vídeo pincha [aquí](#) o en la imagen

Índice

Ainhoa.....	4
Marina C. Arruti, <i>Lo que sé y lo que no</i>	5
Iraide Aguirre, <i>Inconfesable</i>	8
Bubezna, <i>Rechazo erótico</i>	10
Nicolás M. J. Lorenzo.....	11
Manuel Castellanos Plaza	12
Dorinda	13
Antonio Pastor Bustamante.....	14
Arturo Babel, <i>Nunca maté a aquel rruiseñor</i>	15
Javier de la Rica San Gil, <i>Crimen sin castigo</i>	22
Vidal García Maroto-Serano, <i>Pasos encontrados</i>	25
Miguel Fernández Rivero, <i>La hora bruja</i>	29
Nerea Peña Peña, <i>Ansiedad</i>	31
Yoss Eli, <i>Desolación</i>	35
Laura Uría Arranza (LUA), <i>Porque soy mujer</i>	36
Antonio Martín Infante, <i>Regreso a Ítaca</i>	37
Pedro Polo, <i>El espejo se ha cortado</i>	38
Catalina Neira, <i>Mario Vergas</i>	40
Rafael Simarro Sánchez, <i>Pensamiento</i>	44
Bubezna, <i>Rompiendo la agonía</i>	45
Pilar Heredia Perona, <i>¿Y si el Ángel fuera mujer?</i>	48
Felipe Lucena Marotta, <i>Amor en tiempos de pandemia</i> (<i>Un relato real como la vida</i>).....	50
Antonio José Moreno Villa, <i>Confesiones</i>	57
Adela Jiménez Madrid, <i>Una extraña historia</i>	60
María Guzmán	66
Antonio García Cánovas, <i>Algo nace en la arena</i>	67
Felipe Fernández Sánchez, <i>Ocurre sin querer</i>	70
Nuria de Espinosa, <i>Sumida en tu recuerdo</i>	72
Susana H. Guerrero.....	75

Opera Prima es un espacio de creación abierto donde puedes participar activamente. Leer, escribir, editar y apoyar las propuestas de los noveles. Formar parte de una comunidad activa generadora de realidades alternativas, de mundos posibles. Juntos imaginamos el cambio necesario que, al escribirlo, ya ha empezado a existir.